

Cuando llamaron a la puerta estaba yo en la galería ovillando la madeja de seda blanca. Sabina ensayaba con su arpa en el comedor, en la rotonda del fondo, junto al piano.

Era una de esas tardes de finales de agosto, de tintes herrumbrosos, que cierran el verano con un vagar de nieblas en el monte. “Agosto, frío en rostro”, decía el aya Dolores allá en Pajares. Y ya daba gusto acariciar la lana. La mar parecía soldarse al cielo como estaño. La marea baja descubría la tristeza del limo, y el grupo de pinos costeros se apiñaba en una vigilancia oscura, casi lúgubre.

Dejé la madeja en la mesilla junto al telar. Calculé cuánto blanco me iba a faltar todavía para terminar esa franja nebulosa a la izquierda del tapiz, y fui a abrir la puerta. Allí estaba Tito. Le vi más pálido, pero quizá fuera por la luz. Estaba quieto y me miraba fijamente, con los ojos muy abiertos.

—¡Tito, hijo! Pasa, que te caliento un chocolate.

Tito seguía mudo. Con dedos tenaces y fríos tiraba de mí hacia su casa.

Empecé a recelar. Volví la cabeza hacia el fondo, al comedor, y grité:

—¡Sabina, voy con Tito un momento y vuelvo!

Sabina hizo sonar el acorde que quiere decir “está bien”. Tenemos nuestras claves. Cerré la puerta.

Tito Brañas Lusquiño era hijo único de la desgraciada Eleuteria y del cabrón de su marido Venancio. El rapaz era pequeño y delgado para su edad. De cara asustadiza, tenía sus motivos, el pobre. ¿Qué habría pasado ahora?

Coronando el acantilado de Punta Charrán hay un grupo de tres casas antiguas entre los pinos. Tienen su jardín alrededor, espeso de arbustos, ramaje y, en la última casa a la derecha, de hierbajos y espinos majuelos; la abandonaron hace ya años y el maderamen podrido va tomando forma de esqueleto. La del medio, bastante estropeada también, es nuestra. La compramos un año atrás para repararla y alquilarla sin prisas.

Sabina y yo ocupamos la casa del extremo izquierdo y le añadimos un buen garaje para los coches. La pared oeste de nuestro jardín es una vertical sobre nidos de gaviotas y embestidas feroces del oleaje. Abajo, la playita encerrada entre peñas, que le dan un aspecto feroz.

Las tres casas tienen una terraza de balaustres por donde se encaraman la hiedra y las glicinas. Las tres dan al mar por un acantilado de rocas oscuras donde el Cantábrico se enfurece, a mi parecer sin motivo. Sin embargo, a Sabina y a mí nos encantaba esa furia que no iba a alcanzarnos. Y, sobre todo, esa soledad de vecindario escaso.

Aquel verano cedí la casa para que la ocuparan Tito y sus padres. Aves de paso, no iban a durar ahí mucho tiempo, pero nunca pensé que fuera tan poco.

Tito me tiraba de la mano. Cruzamos el caminal de grava y seguimos la acera

de cemento agrietado que unía las tres casas. La verja herrumbrosa estaba entreabierta. “Lástima de jardín. A ver si ahora, con esa mujer aquí...”, me decía Sabina. Yo sabía que ‘esa mujer’ apenas si se daba cuenta del jardín que tenía. Llegaron huyendo, ella y Venancio. Y el niño. Huyendo de borracheras, peleas y estafas.

Cuando Eleuteria me llamó: “Por favor, don Filidoro, búsquenos algo. Estoy que no puedo con mi alma. Nos han echado otra vez...”, y le insinué que había una casa vieja, cerca de la nuestra, sin decirle que era nuestra, debí estar loco. Venían de un cortijo cordobés, pero Venancio no aguantaba un trabajo más de tres meses. Ni para recoger estiércol servía, pero sí para arrearle a Eleuteria, pobrina.

A Sabina le dije que llegarían en verano, pero que no nos iban a molestar para nada. Yo ya me cuidaba de acomodarlos en el caserón que, aun sin restaurar, iba a ser un palacio para ellos, acostumbrados a su mísera vida errante. No conviene asustar a Sabina, tan blanca y rubia, porque es toda espíritu, ella y la música, ella y sus ensayos. No, no quería asustar a Sabina, por eso digo que debí estar loco.

Llegaron en junio y me encogí de pena al ver la cara de Eleuteria. Era borrosa, huidiza, una sombra morada. Venancio venía con costurones recientes en la mejilla y me sonrió enseñando un colmillo verde como de musgo. “Buen compadre, pardiez”, me dijo con aliento apestoso.

Por el nene, lo hice por el nene, por Tito. Criatura. Y nosotros sin hijos, tanto quererlos... Sabina quería niños. “Tendremos que hacer algo, Fili”. Algo quería decir adoptar, quizá. Los queríamos y no llegaban. Habría que hacer algo, claro.

La puerta de casa de Tito era de roble, con la pintura cuarteada, y estaba abierta. El rapaz se detuvo en la cancela. Me miraba, como invitándome a pasar. Pasé. Dentro se veía poco. Cierta que la tarde ya cerraba, pero aquel silencio era opaco, de lana oscura. Si lo sabré yo, que tejo alfombras y tapices y prefiero los tonos sombríos. Tito no se movía de la puerta. Recelé más. Miré primero en la cocina, sin ver a Eleuteria. Sólo se escuchaba el mar por las rendijas. La niebla se había vuelto azul y blanca, como las sombras en la casa. En el cuartito de estar tenían cajas amontonadas con enseres miserables. Venancio y Eleuteria recogían por entonces chatarra de contenedor para vender por los mercadillos y ferias. Por casa no se acercaban, yo ya se lo tenía dicho: no conviene estorbar a Sabina.

Tito sí venía, porque a veces le dejaban solo dos o tres días. Eleuteria se acercaba entonces tímidamente, sólo cuando me veía por el jardín: “Vamos a estar fuera, don Filidoro, ¿podrá cuidar de él?”. No decía nunca: “¿podrán cuidar de él?”, como si Sabina fuera demasiado lejana, ella con su arpa y sus conciertos. Como si Eleuteria sólo confiara en mí. Parecía que no quería comprometernos, y yo se lo agradecía. Sólo Tito, el nene.

Sin embargo, Sabina se alegraba cuando venía Tito a casa. Cuando lo dejaban

unos días mientras ellos iban a tal o cual feria. Le hacía arrumacos, lo bañaba con espumas de colores y olores diversos y se reían los dos; incluso le dejaba acercarse al arpa y dar algún acorde: “¿Ves, Tito? Suena a agua de río...” y Tito decía que sí, que parecía un río. Qué sabría él... “Escucha, Tito, ese es el pájaro pinto, que trina”. Y Tito escuchaba al pájaro pinto trinar. Luego llegaban los padres, a pie desde el pueblo donde los dejaba un autobús, y nos quedábamos solos. Sabina entraba en la habitación vacía donde Tito había dormido y ahuecaba la almohada ya fría: “Fili, deberíamos...”. El nene que no llegaba. El nene que se marchaba.

Subí las escaleras procurando no hacer ruido. ¿Por qué no querría entrar Tito? ¿Estaría el bruto de su padre agazapado, esperando? En el piso tampoco había luz alguna encendida y las sombras eran ya de un gris sucio, como si hubiera entrado la niebla pegajosa...